

Un recorrido real sobre
animarse a **atravesar el miedo.**

El camino hacia tu voz

ENCONTRAR TU VOZ.
ENCONTRARTE A VOS.

Magalí Perez

El camino hacia tu voz © 2026 Magalí Perez

Primera edición digital.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización previa de la autora.

Escrito por Magalí Perez

Diseño: Magalí Perez

A mi mamá,
por enseñarme que el amor también es una
forma de valentía. Gracias por caminar
conmigo, siempre.

PRÓLOGO

De chica me encantaba hacer videoclips.

Movía los muebles del living, convencía a mis amigas de grabar coreografías improvisadas y después me quedaba horas editando en una computadora que hacía su mayor esfuerzo por no colapsar. El programa se trababa, el render tardaba una eternidad y yo miraba la pantalla esperando que no se cerrara todo. Pero cuando por fin exportaba el video, sentía algo imposible de explicar.

No existían redes sociales ni métricas. No había vistas, ni likes, ni comentarios. Solo el ritual de crear y guardar lo que habíamos hecho. Grabábamos, editaba, compraba un CD en el kiosco y lo guardaba como si fuera un tesoro. Ese era el final del proceso. **Lo hacía porque me hacía feliz.**

Con el tiempo, algo cambió.

Los celulares empezaron a grabarlo todo. Lo que antes parecía especial se volvió cotidiano. Y junto con la adolescencia llegaron las inseguridades, las ganas de encajar, la sensación de que quizás era mejor no llamar demasiado la atención. La creatividad no desapareció, pero se volvió más silenciosa. Seguía estando, solo que ya no ocupaba el centro.

Cuando terminé el secundario hice lo que me habían enseñado: estudiar y trabajar. Elegí Publicidad casi por intuición. El plan de estudios tenía radio, televisión, fotografía, diseño. Era como volver a lo creativo, pero desde otro lugar. Ya no era juego, era formación. Y eso me entusiasmaba.

Mientras estudiaba, empecé a buscar trabajo. Me costó más de lo que imaginaba hasta que entré en el sector de comunicación de una multinacional. Sentí alivio... Después de tanto insistir, estaba adentro.

Durante un tiempo lo disfruté mucho. Aprendí a ordenar ideas, a presentar proyectos, a pensar con estrategia. Entendí que la creatividad no es solo inspiración: también es estructura. Y por un tiempo eso me alcanzó... Pero algo empezó a incomodarme.

Estaba creciendo, sí, pero no sentía que estuviera eligiendo del todo el rumbo.

En 2020 me recibí... En plena pandemia, con el mundo paralizado y lleno de incertidumbre. Fue entonces cuando empecé a sentir que había cerrado un ciclo. Ya había cumplido con lo que me habían enseñado *que había que hacer*: estudiar, trabajar, crecer.

Y entonces apareció una pregunta distinta... Si todo puede cambiar de un día para el otro, **¿qué estoy esperando para intentar lo que realmente quiero?**

Renuncié con miedo, pero también con la sensación de que, si no lo hacía en ese momento, quizás no lo haría nunca.

Intenté montar un negocio digital de productos que no explotó como imaginaba. Fue frustrante. Dudé mucho de mí. Pero en medio de esa incertidumbre apareció *TikTok*... Era algo nuevo, nadie de mi entorno estaba ahí, nadie me conocía.

¿Qué podía perder?

Empecé subiendo videos para mostrar los productos que vendía, pero mientras lo hacía volví a sentir algo que creía apagado: **me estaba divirtiendo.**

Volví a grabar, a editar, a probar ideas. Ese negocio no explotó, pero silenciosamente estaba naciendo otro. Los videos empezaron a tener repercusión. Y un día llegó un mensaje distinto:

— *¿Podrías ayudarme a hacer esto mismo?*

Me quedé mirando la pantalla pensando si eso realmente podía ser un trabajo. Si se podía vivir de crear. Dije que sí. Y ese *sí* cambió mi camino.

Empecé a acompañar a otros a mostrarse. Y entendí que no se trataba solo de grabar videos, sino de **ayudar a alguien a encontrar su lugar y animarse a ocuparlo.**

Así nació Filmi. Hoy entiendo que las redes no fueron el destino. Fueron el escenario que apareció cuando decidí no esconderme más.

Este libro nace de ese recorrido. No desde la perfección ni desde fórmulas mágicas, sino desde la experiencia de haber perdido la magia, haberla recuperado y haber descubierto que mostrarse puede cambiar el rumbo de una historia.

Porque cuando te animás a ocupar un lugar - *incluso con miedo* - empezás a escribir una versión distinta de tu vida. Y a veces todo empieza así: **dejando de esconder lo que ya está listo para mostrarse.**

CAPITULO 1

La incomodidad de empezar

La primera vez que alguien decide grabarse suele ser incómoda. Acomoda el celular, se mira en la pantalla, prueba una frase, la borra, vuelve a empezar. Se ríe nervioso. Suspira. Dice “*no, así no*” y vuelve a grabar. No es que no sepa hablar. No es que no tenga experiencia. Es que está haciendo algo que, durante muchos años, no fue parte de lo cotidiano.

Quienes crecimos en los 90, o antes, no crecimos grabándonos todo el tiempo. Las cámaras no estaban en nuestros bolsillos. Una cámara era para un cumpleaños importante, un acto escolar, una fiesta familiar... o para algo todavía más lejano: la televisión, el cine. Había cierta solemnidad alrededor de la cámara. No era algo casual. Era algo que marcaba un momento. Y cuando algo tiene ese peso simbólico, no se vuelve liviano de un día para el otro. Por eso, aunque hoy grabarse sea técnicamente simple, **emocionalmente no siempre lo es.**

No siempre es miedo a la exposición. Muchas veces es miedo a no saber cómo ocupar ese espacio. Porque mostrarse no es solamente prender la cámara y hablar. Es aceptar que alguien va a mirarte, escucharte y, quizás, formar una opinión.

Y si durante años asociamos la cámara con “*algo importante*”, es lógico que al encenderla sintamos que estamos entrando en un terreno donde hay más en juego.

A eso se suma algo más actual: hoy no solo hablamos, quedamos registrados. Antes, si decías algo torpe en una reunión, quedaba ahí. Hoy una grabación puede repetirse, pausarse, analizarse. Eso amplifica la sensación de exposición. No es irracional que incomode.

Y después está la comparación constante. Consumimos horas de contenido editado, pulido, seguro. Vemos personas que parecen naturales, espontáneas, claras. Y cuando nos vemos a nosotros mismos en crudo, sin filtros, sentimos que no estamos a la altura. **Pero hay una trampa en esa comparación...** La mayoría de las personas que hoy se ven naturales frente a cámara no empezaron así. Empezaron incómodas. Dudando. Repitiendo frases hasta encontrar su ritmo.

La comodidad no es un punto de partida. Es una consecuencia.

Jime, por ejemplo, no quería ni verse en las fotos. Mucho menos mirar el crudo de una grabación. Sabía que quería crecer profesionalmente y entendía que hoy tener presencia es importante, pero exponerse le daba terror.

Cuando hablamos fue muy clara: - *“Quiero que la gente me conozca. Pero por favor, no quiero mostrarme tanto.”*

No era contradicción. Era honestidad.

Quería presentarse sin traicionarse. Quería visibilidad sin sentirse forzada. Hasta ese momento, grabarse se sentía casi como una obligación, y eso le quitaba libertad. Entonces cambiamos el enfoque: En vez de pedirle que hablara a cámara durante minutos, partimos de algo que sí era completamente suyo: el *running*.

Le encanta correr. La disciplina, la constancia. Empezamos a construir una pieza que conectara esa pasión con su manera de trabajar. Hicimos planos donde no siempre se veía su cara. Momentos más sutiles. Construimos una narrativa que hablaba de ella sin obligarla a exponerse de una forma que no sentía propia.

Fuimos creativas, le dimos forma... Y el resultado fue una pieza que la representaba.

Cuando publicó el video, los comentarios no hablaban de técnica ni de producción. Hablaban de identidad. De energía. De coherencia. **La reconocían.**

Jime no rompió el miedo haciendo lo que hacen todos. Lo atravesó encontrando su manera.

Y ahí entendió algo clave: mostrarse no es hacer más ruido. **Es encontrar una forma que se sienta propia.** No se volvió otra persona. No actuó un personaje. No habló de cosas que no le interesaban solo para *“que funcione”*. Mostró su esencia, a su ritmo. Y eso, para una marca personal, es infinitamente más valioso que cualquier viralidad pasajera.

El problema no es que no sepas grabarte. Es que todavía no encontraste la forma en la que querés hacerlo.

Muchos creen que primero hay que sentirse listos y después mostrarse. En realidad, el orden suele ser al revés: te mostrás, incomoda, ajustás, volvés a intentarlo... y en ese proceso empezás a sentirte más cómodo. No porque cambiaste quién sos, sino porque encontraste la manera de ser visto sin dejar de ser vos.

La incomodidad no es una alarma que dice “detener”. Muchas veces es la señal de que estás entrando en un territorio nuevo. Y todo territorio nuevo requiere adaptación.

No necesitás eliminar el miedo para empezar. Solo necesitás entenderlo... **y avanzar igual.**

CAPITULO 2

Tu voz no empieza en las redes

La primera vez que me quedé en blanco fue en un teatro. Era chica. Había ensayado durante meses. Sabía exactamente qué tenía que hacer. Pero cuando salí al escenario y las luces me dieron de frente, mi mente se apagó.

No era que no supiera. Era como si todo lo que sabía se hubiera escondido en algún rincón al que no podía acceder. Sentí calor, silencio, una vergüenza enorme. Me bajé del escenario convencida de que eso no era para mí.

Años después volvió a pasar. Primer final oral en la facultad. Tres profesores mirándome fijo, esperando que hablara. Otra vez sabía el contenido. Otra vez había estudiado. Y otra vez, vacío.

Durante mucho tiempo pensé que el problema era hablar en público. Que simplemente no servía para eso. Que había personas que nacían con facilidad para comunicar y otras que no.

Con el tiempo entendí que no era miedo a hablar. Era miedo a ocupar un lugar donde se esperaba algo de mí y no estar a la altura.

Durante años sentí que no tenía una voz firme: pensaba, reflexionaba, analizaba... pero cuando tenía que decirlo frente a alguien, dudaba. Y esa duda se notaba.

La vida, por suerte, no me dejó esconderme demasiado.

En la multinacional tuve que presentar proyectos. Primero con muchos nervios, después con menos, y más tarde con una seguridad que ni yo sabía de dónde venía.

Un día estaba frente a directivos defendiendo una propuesta; otro día hablaba con gerentes de Brasil, intercambiando ideas, sosteniendo argumentos. Y en algún momento me di cuenta de algo que cambió mi forma de verme: **el miedo no había desaparecido, pero ya no me frenaba**. La seguridad no apareció antes de hablar. Apareció después de haber hablado muchas veces.

También hubo conversaciones fuera del ámbito laboral. Conversaciones más profundas y, por eso mismo, más incómodas. Conversaciones que te atraviesan, donde tenía que decir lo que sentía aunque me temblara la voz. Durante mucho tiempo me repetí: *“Así es la vida y tenés que adaptarte”*, incluso cuando algo no me hacía bien. Me autocensuraba. Por miedo. Por vergüenza. Por sentirme menos.

Hice mucha terapia. Fueron años de intentar poner en palabras cosas que no sabía cómo explicar, porque durante mucho tiempo pensé que mi sentir no era algo que valiera la pena comunicar. Y sí, muchas veces volví a quedarme en blanco. Pero cada vez me recuperaba un poco más rápido.

Ahí entendí algo fundamental: **la voz no se encuentra de golpe. Se construye. Se ejercita. Se atraviesa.**

Las redes ya existían mientras yo atravesaba todo ese proceso. Usaba Instagram y Facebook como casi todos: para compartir momentos, vacaciones, fotos con amigos. Era un espacio donde me veían personas que ya me conocían. No había demasiado riesgo. No estaba diciendo nada distinto. Solo mostraba lo que era cómodo mostrar. Lo que todavía no hacía era exponer una versión más profunda de mí. No hablaba desde mis ideas, no mostraba mis procesos, no me posicionaba. Y eso era lo difícil. Porque una cosa es subir una foto sabiendo que te miran personas que ya tienen una imagen armada de vos. Y otra muy distinta es empezar a mostrar una versión más honesta frente a esas mismas personas. **El miedo al “qué van a pensar” pesa más cuando tiene nombre y apellido.**

Durante mucho tiempo mantuve las cosas separadas: mi aprendizaje interno por un lado y mi vida digital por otro. Las redes eran un espacio cómodo, casi automático. Eso empezó a cambiar cuando decidí trabajar por mi cuenta. Ahí ya no se trataba solo de compartir; se trataba de comunicar.

Ya no era subir algo porque sí, era empezar a construir algo propio. Y cuando entendí que estaba construyendo, también entendí que no podía seguir escondiéndome detrás de lo superficial. Si quería que confiaran en mí, tenía que animarme a dejarme ver.

Fue en ese momento cuando las redes dejaron de ser un espacio personal y se transformaron en un puente. No en un personaje nuevo, no en una actuación, sino en un puente entre lo que ya era en persona y lo que podía proyectar hacia afuera.

Empecé a entender que no estaba aprendiendo a comunicar para las redes; **estaba aprendiendo a sostener mi voz en cualquier escenario**. Las plataformas simplemente amplificaban algo que venía trabajando hacía años.

Por eso hoy, cuando acompaño a alguien, no pienso solo en el video que va a grabar. Pienso en su historia, en su recorrido, en lo que todavía no se anima a decir en voz alta. Pienso en Gustavo.

Él fue de los primeros en animarse a hacer videos. No tenía miedo a hablar; lo que no sabía era cómo hacerlo sin sentirse incómodo después, cuando volviera a la oficina y todos lo hubieran visto. Sabía que necesitaba mostrarse, pero no quería sentir que estaba actuando algo que no era. Y eso no se resuelve en una grabación aislada. Se construye con prueba, ajuste y tiempo.

Probamos formatos, cambiamos enfoques, afinamos el tono. Hasta que empezó a aparecer algo que ya estaba ahí: su forma.

Y cuando esa forma se hizo visible, todos lo empezaron a reconocer y recordar por sus videos.

No se trató de enseñarle a hablar, claramente. Se trató de acompañarlo a descubrir *cómo* quería hablar.

Porque **cuando tu forma coincide con tu esencia, la comunicación deja de sentirse actuada y empieza a sentirse verdadera.** Y ahí, recién ahí, empieza a ser poderosa.

Mostrarse no es solo hablarle a desconocidos. Es animarse a que quienes ya te conocen te vean crecer, y que vos mismo te animes a sostener tu voz cuando eso sucede.

CAPITULO 3

Cuando tu forma se vuelve reconocible

Hay personas que aparecen todo el tiempo y aun así no dejan huella. Y hay otras que no se ven tanto, pero cuando alguien las menciona, surge una frase casi automática: “*Es muy ella*”, “*Es muy él*”. Esa diferencia no tiene que ver con el algoritmo ni con la suerte. Tiene que ver con algo más profundo: **identidad sostenida en el tiempo.**

Después de animarte a empezar y de atravesar el proceso de encontrar tu voz, aparece otra pregunta inevitable: *¿qué querés que quede cuando el video termina?* *¿Qué querés que piensen cuando escuchen tu nombre?* Porque comunicar no es solo estar presente. Es construir una imagen que se sostenga.

Al principio es normal probar cosas: tendencias, estilos, tonos distintos... Explorar es parte del camino. Pero si cada semana cambiás de forma porque dudás de la anterior, el mensaje se vuelve difuso. **Y lo difuso no se recuerda.**

Durante un tiempo yo también atravesé esa exploración. Empecé mostrando los productos que vendía, después hacía humor y más tarde se mezcló la reflexión con la experiencia.

Algunas cosas funcionaban más que otras. Pero en algún momento entendí que no se trataba solo de “ver qué funciona”, sino de qué parte mía quería sostener.

No era elegir entre ser profesional o creativa. Ni entre ser reflexiva o graciosa. Era aceptar que podía ser todo eso al mismo tiempo y encontrar una manera coherente de integrarlo. Cuando esa coherencia empezó a aparecer, algo cambió. No necesariamente crecí más rápido. Pero sí empecé a ser reconocida por mi energía, mi forma, mi esencia. Y eso es lo que construye recuerdo.

Lo veo constantemente en quienes acompaño. Al principio buscan el formato perfecto. Después el guion perfecto. Pero lo que realmente transforma la percepción es cuando dejan de intentar parecer algo y empiezan a sostener lo que ya son.

Facu es un buen ejemplo de eso. Desde el principio tuvo claro que no quería hacer lo que hacían todos. No quería una cuenta llena de frases genéricas ni videos que parecieran iguales a los del resto. Tampoco quería que alguien manejara su voz por él. Lo que buscaba era acompañamiento para potenciar lo que ya tenía. Sabía que quería algo más cinematográfico, más cuidado, más reflexivo. Algo que se sintiera profesional pero humano. Directo, pero genuino.

Con él no tratamos de probar todo. Construimos.

Empezamos a crear guiones con narrativa, a pensar cada toma, a elegir encuadres que acompañaran el mensaje, a trabajar los silencios, los ritmos, los detalles. No era grabar por grabar... Era darle forma a una identidad visual y discursiva alineada con su manera de ser. Cada pieza sumaba a la anterior. Cada video era un ladrillo más en algo que estaba creciendo. Y con el tiempo empezó a pasar algo interesante: otros querían hacer *“algo como lo de Facu”*. No porque fuera extravagante. Sino porque era coherente... *Era él*. Y eso es identidad.

No es copiar una fórmula. Es sostener una forma el tiempo suficiente como para que los demás la asocien con vos.

Hay una diferencia enorme entre explorar para conocerte y cambiar constantemente porque no confiás en tu identidad. La primera construye presencia. La segunda la diluye. Ser recordado no es cuestión de volumen. Es cuestión de consistencia. Y quizás acá vale frenar un segundo y preguntarte algo que no tiene nada que ver con métricas:

Cuando alguien diga tu nombre, ¿qué te gustaría que piense? ¿Qué rasgo tuyo aparece siempre? ¿Estás construyendo esa imagen de manera coherente... o estás reaccionando a lo que parece funcionar?

Porque al final, la diferencia entre ser visible y ser recordado no está en cuánto publicás, sino en lo que los demás asocian cuando escuchan tu nombre.

CAPITULO 4

La actitud cambia el lugar que ocupás

Cuando trabajaba de 8:00 a 17:00 en una oficina tenía un cartelito pinchado en la pared que decía: *“El camino al éxito es la actitud.”* Durante años lo miré todos los días. Y aunque suene a frase motivacional de taza, había algo ahí que era verdad: podés tener talento, formación, ideas, oportunidades... pero si te repetís constantemente “no puedo”, “no sirvo para esto”, “no sé comunicarme”, tu mente lo cree. Y tu mente no entiende de ironías. No entiende cuando te minimizás en chiste. No entiende cuando decís “soy un desastre” para que duela menos. Se queda con lo que repetís. Y después actúa en consecuencia.

La actitud no cambia el mundo de un día para el otro. No es magia. **Pero sí cambia cómo te parás frente a él.**

Durante un tiempo sentía que estaba en un lugar donde no podía dar mi 100%. No por falta de capacidad, sino por estructuras, burocracias, tiempos que no manejaba. Y sin darme cuenta empecé a repetirme algo peligroso: *“Bueno, es lo que hay”.*

Eso es igual de fuerte que decir “no puedo”. **Porque cuando te convencés de que es lo que hay, dejás de intentar cambiarlo.**

Un día me escuché pensarlo y me incomodó. No quería vivir así. No quería sentir que mi techo estaba definido por el entorno. Entonces empecé a cambiar algo interno, casi en silencio. Empecé a repetirme otra cosa: **soy capaz. Puedo hacer más que esto.**

No fue un giro dramático. No pasó nada cinematográfico de un día para el otro. Pero mi energía empezó a ser distinta: empecé a proponer ideas en vez de esperar que me las pidieran, me ofrecía para proyectos más creativos, levantaba la mano cuando antes me hubiera quedado callada. Y cuanto más lo hacía, más oportunidades aparecían. No porque el contexto hubiera cambiado. Cambié yo.

Mi voz empezó a sonar más firme. **No en volumen... en presencia.**

Ahí entendí algo que después confirmé muchas veces: la actitud no transforma inmediatamente lo que te rodea, pero sí transforma el lugar que ocupás dentro de eso.

Cami me recordó esa lección desde otro ángulo.

Es artista. Pinta cuadros, pinta sus manos, pinta lo que toca. Se le nota, todo en ella respira creación. Pero no la conocí en un museo ni en una exposición. La conocí en una oficina. Trabaja como asesora inmobiliaria y sentía que había tenido que elegir entre lo que amaba y lo que le daba estabilidad.

En algún momento intentó dedicarse al arte, pero económicamente no le funcionó. Entonces hizo lo que hacemos muchos cuando algo no sale como esperamos: separó las partes.

Por un lado la artista.

Por otro la profesional.

Como si convivieran, pero no pudieran encontrarse.

Cuando empezamos a hablar, le propuse algo bastante simple: *“mostremos las dos cosas”*. No para confundir.

Para integrar. Le dije algo muy concreto: *“pensalo así, podés vender una propiedad y también ofrecer el servicio de intervenir artísticamente sus paredes. No tenés que esconder una parte para que la otra funcione”*. Eso le hizo sentido.

Hicimos un video mostrando sus dos facetas: su proceso creativo y su trabajo como asesora. No inventamos nada. No exageramos nada. Solo pusimos en palabras e imágenes algo que ya existía, pero que hasta ese momento no estaba siendo contado por ella.

El video tuvo 26 mil reproducciones. Pero lo más fuerte no fue el número. Fue la reacción: Muchos ya sabían que era artista, pero ahora lo estaba comunicando desde otro lugar... Con decisión.

No cambió quién era, cambió su actitud frente a lo que hacía. Y cuando cambió eso, cambió la manera en que los demás la veían.

A veces no se trata de aprender una técnica nueva. Se trata de dejar de achicar partes tuyas por miedo a que no encajen.

La actitud no es repetir frases positivas frente al espejo. **Es decidir que lo que sos merece ocupar espacio.**

Y cuando eso cambia, cambia el lugar que ocupás en el mundo.

CAPITULO 5

Tu cuerpo también habla

Hay algo simple que aprendí casi sin darme cuenta cuando trabajaba en relación de dependencia organizando formaciones: **comunicar no es solo hablar.**

Para ese entonces, mi rol era coordinar capacitaciones de PNL (*programación neurolingüística*), y de tanto presenciarlas, terminé absorbiendo todo.

Lo que más me impactaba era ver cómo cambiaba una persona cuando modificaba su postura. No el discurso, la postura. Decían exactamente la misma frase, pero si la decían con los hombros caídos y la mirada esquiva, se percibía insegura; si la decían con el cuerpo firme y la mirada presente, el mensaje ganaba peso. **No había cambiado el contenido, había cambiado la presencia.**

Años después, cuando empecé a grabar con clientes, volví a ver lo mismo una y otra vez.

La escena se repite: encendemos la cámara, la persona respira hondo y aparece la frase inevitable: *“no sé qué hacer con mis manos”*. Empieza a hablar, se traba, se olvida una palabra y, en cuestión de segundos, el cuerpo entero cambia.

Los hombros se tensan, la mirada baja, la energía se cae. No es el error lo que pesa; **es tu cabeza hablando por tu cuerpo.**

Ahí siempre hacemos lo mismo: frenamos, sacudimos el cuerpo, movemos los brazos, respiramos... y volvemos a empezar. No es algo extraño ni místico. Es simple: **el cuerpo guarda la tensión si no la liberás.** Y muchas veces creemos que el problema está en lo que vamos a decir, cuando en realidad está en cómo estamos parados mientras lo decimos.

Las manos no necesitan hacer algo especial, necesitan acompañar. Si hablás de algo amplio, tu cuerpo naturalmente tiende a abrirse; si hablás de algo más íntimo, se acerca. Cuando escondemos las manos o las cruzamos fuerte, muchas veces nos estamos protegiendo sin darnos cuenta.

Lo mismo pasa con la mirada: no se trata de clavar los ojos, sino de estar presente. Cuando mirás mientras hablás, generás conexión; cuando evitás la mirada todo el tiempo, el otro percibe distancia.

En la respiración está otra de las claves. Cuando estamos nerviosos, respiramos corto y rápido, y eso acelera la voz, desordena las ideas y aumenta la sensación de inseguridad. En cambio, cuando respirás profundo antes de empezar, tu cuerpo se acomoda y tu voz encuentra otro ritmo.

No es actuación, es coherencia. Por eso, nada de esto sirve si intentás convertirte en alguien que no sos.

Yo soy bastante expresiva. Se me nota cuando algo me entusiasma (y cuando no, también). Si intento hablar desde un lugar excesivamente rígido, me siento incómoda y se nota. Eso no significa que no pueda hablar con seriedad; significa que mi forma de hacerlo tiene su propio tono. Encontrar eso es fundamental.

El otro día escribí algo en Instagram y me llegó un mensaje que decía: *“Qué lindo, Magui, lo leí con tu voz”*. Eso es presencia. Me escuchan, aunque solo lean palabras en una pantalla. Porque en definitiva, **comunicar no es fabricar un personaje. Es afinar tu versión.**

Muchos clientes me dicen que lo que más les gusta cuando grabamos no es solo el resultado final, sino cómo se sienten en el proceso. Que fluyen mejor, que se relajan, que la energía cambia. Y eso no tiene que ver con una técnica puntual, sino con el clima que se genera **cuando alguien se siente habilitado a ser.**

Pero como todo ser humano, yo también tengo mis días. A veces estoy cansada, a veces preocupada, a veces simplemente no es mi mejor momento. Y sin embargo sé que cuando entro a grabar necesito generar un clima donde la otra persona se sienta cómoda y segura.

Entonces hago algo muy simple: antes de llegar me pongo los auriculares, elijo una o dos canciones que sé que me levantan y las canto. A veces incluso bailo un poco, me muevo. No para fingir alegría, sino para recordarle a mi cuerpo cómo se siente estar liviana.

La música me reinicia. Es mi forma de cambiar de estado antes de entrar a una situación importante. No es negar lo que siento; es elegir desde qué lugar quiero presentarme. Porque el estado en el que entrás a una reunión, a una presentación o a una grabación se contagia. Si llegás tenso, el otro se tensa. Si llegás liviano, el otro respira mejor.

Quizás tu herramienta no sea la música. Quizás sea caminar cinco minutos antes de entrar, escribir lo que estás sintiendo o simplemente respirar en silencio. Pero encontrará la tuya. No para convertirte en alguien que no sos, sino para volver a tu eje antes de hablar.

Me gusta creer que **somos, en parte, lo que dejamos en el otro después de irnos**. Por eso, la próxima vez que tengas que comunicar algo importante, no te preguntes solo qué vas a decir. Preguntate si tu cuerpo está acompañando lo que querés transmitir. Porque cuando tu voz, tu energía y tu presencia van en la misma dirección, tu mensaje se vuelve más fuerte sin necesidad de exagerar nada.

No cambiás el discurso. Cambiás tu estado. Y cuando tu estado cambia, **cambia la manera en que el otro recibe lo que estás diciendo**.

Ahí está el verdadero poder de la comunicación.

CAPITULO 6

Nunca es tarde para escribir otro capítulo

A veces creemos que reinventarse es algo que hacen otros. Gente más joven, más arriesgada, con menos historia encima. Hasta que conocés a alguien que te demuestra que no tiene que ver con la edad, sino con la decisión.

Marisa había trabajado toda su vida en grandes empresas. Tenía una trayectoria sólida, reconocimiento, experiencia. Había construido una casa llena de recuerdos: cumpleaños, cenas familiares, hijas creciendo, conversaciones que quedaron impregnadas en cada rincón. Era una vida completa, con capítulos bien escritos. Pero llegó un momento en el que esa casa empezó a sentirse distinta. No era tristeza exactamente, tampoco nostalgia. Era la sensación de que algo ya no encajaba con su presente. Los espacios eran demasiado grandes para la etapa que estaba viviendo, y en lugar de aferrarse a lo que había sido, decidió hacerse una pregunta incómoda: *¿quiero seguir así o quiero empezar algo nuevo?*

Se animó a responderla y decidió mudarse. No porque la obligaran las circunstancias, sino porque **entendió que su vida había cambiado y su espacio también debía hacerlo.**

Eligió un lugar más pequeño, más acorde a su presente. No fue solo una mudanza física; fue una **declaración silenciosa de que no quería quedarse detenida en una versión pasada de sí misma.**

En ese proceso también empezó a escribir un nuevo capítulo profesional. Se formó, se sumó al mundo inmobiliario y comenzó a acompañar a personas que estaban atravesando lo mismo que ella. Personas que miraban su casa y sentían que ya no representaba su vida actual, pero no sabían cómo dar el paso.

La primera vez que me escribió me dijo algo que todavía recuerdo: quería contar su historia para que otros se animaran. No quería mostrarse por exposición. **Quería mostrarse para acompañar.**

Cuando grabamos su video no actuamos nada. No exageramos nada. Solo le dimos espacio a su recorrido. Habló de lo que significó cerrar una etapa, de lo que implicó empezar otra, de lo que se siente soltar sin que eso sea una derrota. Habló desde la experiencia, no desde un discurso armado. Y eso se sintió.

El video tuvo repercusión, sí. Pero lo más fuerte no fueron los números. Fue la identificación. Personas que estaban viviendo procesos similares se sintieron reflejadas... Mi mamá fue una de ellas. Lo vio, conectó profundamente con su historia y terminó siendo su clienta. **Eso es comunicación real: no es convencer, es resonar.**

Marisa siguió comunicando a su manera, con su tono pausado, con su estilo claro, con esa forma tan particular que tiene de explicar las cosas. Nunca intentó forzar un ritmo que no le pertenece ni copiar una manera de comunicar que no la representa. Sabe hacia dónde camina... y también hacia dónde no. Y esa claridad se transmite.

Muchas veces creemos que nuestra historia no tiene nada extravagante, nada diferente, nada digno de ser contado. Pero si me siento con alguien y le digo *“contame tu vida”*, te aseguro que en pocos minutos empiezan a aparecer decisiones, giros, miedos, logros, pérdidas, intentos. **No hace falta una historia de película. Hace falta una historia vivida.**

Por eso, cuando trabajo con alguien, lo primero que hago es preguntarle por su recorrido, por su vida. Porque ahí, en esos detalles que parecen cotidianos, es donde nacen las historias reales que inspiran, motivan o incluso divierten.

Lo importante no es tener algo espectacular para mostrar. **Es animarse a mirar lo que ya viviste y aprender a contarlo.**

Reinventarse no es empezar de cero. Es empezar desde todo lo que ya sos. Y quizás la pregunta no sea si tu historia es suficientemente interesante, sino si estás dispuesto a **reconocer que lo es.**

CAPITULO 7

Crear en un mundo que cambia

En un mundo que cambia tan rápido, la creatividad dejó de ser un lujo y se volvió una necesidad. No hablo de la creatividad artística de cuadros colgados en un museo, sino de la creatividad cotidiana, esa que usamos para adaptarnos cuando algo no sale como esperábamos y tenemos que decidir si nos quedamos quietos... o nos movemos.

Durante años pensé que era la “oveja creativa” de la familia. De chica podía pasar horas inventando historias en el mismo patio de siempre, cambiando escenarios sin moverme del lugar. Mi hermana Luli, en cambio, siempre fue más concreta, más racional, más estructurada.

Yo volaba; ella organizaba. Así nos etiquetamos durante mucho tiempo, como si la creatividad fuera una categoría cerrada y solo hubiera lugar para una.

Hasta que crecimos y **la realidad empezó a mostrar otra cosa...**

Luli es capaz de entrar a una habitación y en minutos reorganizarla para que todo fluya mejor y, además, se vea hermosa. Cambia un mueble, mueve una lámpara, suma un detalle y el espacio se transforma. Cuando cocina, rara vez sigue una receta al pie de la letra. Abre la heladera, mira lo que hay y empieza a mezclar. A veces cree que de esa combinación va a salir algo digno de laboratorio secreto —como si estuviera preparando a las Chicas Superpoderosas en la cocina— y otras veces termina con una masa de naranja más dura de lo previsto. **Pero siempre crea. Siempre prueba. Siempre ajusta.** Y lo más interesante es que no lo vive como algo extraordinario. Lo hace porque le sale natural.

Su creatividad no es abstracta; es funcional, estratégica, práctica. Pero es creatividad al fin. Ahí entendí algo que me gustaría transmitir: **todos somos creativos, solo que no todos reconocemos dónde lo somos.**

La creatividad no es un rasgo de personalidad como muchas veces nos hicieron creer. Es la capacidad de reorganizar lo que tenés cuando algo cambia... Y el mundo cambia todo el tiempo.

Cambian las herramientas, cambian los contextos, cambian las reglas del juego... Hoy hay personas que temen que la tecnología las “reemplace”. Yo creo que las herramientas evolucionan, pero la mente que sabe adaptarse evoluciona con ellas.

Antes se lavaba la ropa a mano y hoy apretamos un botón. Antes escribíamos todo a mano y hoy armamos bases de datos automáticas. Nada de eso supimos usarlo perfecto el primer día. Aprendimos. Nos adaptamos. **Creamos nuevas formas de hacer.**

La creatividad es lo que nos ayuda a no paralizarnos, a rebuscárnosla aunque no sepamos del todo hacia dónde vamos. Y eso impacta directamente en cómo nos comunicamos.

Cuando una reunión no sigue el guion que habías preparado y reformulás sobre la marcha. Cuando una presentación no genera el efecto que esperabas y encontrás otra forma de explicarte. Cuando una conversación toma un rumbo inesperado y decidís escuchar en vez de insistir.

Si tu mente es flexible, tu comunicación también lo es. Si tu mente se cierra, tu voz se endurece. La creatividad necesita estructura, sí. Pero también necesita valentía. Valentía para probar sin garantía, para ajustar, para equivocarse y volver a intentar. No es improvisar sin rumbo; **es confiar en que, aunque algo se mueva, vas a poder reordenarlo.**

Y eso se entrena. Se entrena cuando algo no sale como esperabas y, en vez de decir “no funciona”, te obligás a pensar tres alternativas antes de descartarlo. Se entrena cuando buscás una historia para explicar una idea compleja o cuando decidís hacer algo distinto a lo automático aunque no tengas certeza de que va a salir perfecto.

La creatividad no siempre se ve espectacular. A veces es silenciosa. A veces es imperfecta. A veces es una masa de naranja que no quedó aireada como querías. Pero incluso ahí hay algo valioso: hubo intento, hubo mezcla, hubo movimiento.

Y en un mundo que cambia tan rápido, esa capacidad de movernos es vital.

No sabemos exactamente cómo va a ser el futuro. No sabemos qué herramientas aparecerán ni qué estructuras se transformarán. Pero si entrenamos nuestra creatividad —en la cocina, en el trabajo, en una conversación, en la manera en que contamos una historia— vamos a estar mejor preparados para cualquier escenario. Porque crear no es tener todo claro. **Es animarte a inventar el siguiente paso cuando todavía no ves el camino completo.**

Y eso, más que un talento, es una decisión.

EPÍLOGO

Elegir con miedo, pero elegir

Hay algo que me emociona cada vez que lo pienso: cumplí el sueño de hacer videoclips de manera profesional y nunca lo perseguí como objetivo concreto. Nunca lo puse en un tablero de metas, nunca armé un plan estratégico para que sucediera. Siempre fue mi sueño, sí, pero era un sueño íntimo, casi infantil. Algo que hacía de chica porque me hacía feliz, no porque creyera que algún día podría convertirse en mi trabajo.

Y sin embargo, llegó.

Un día, casi como quien no quiere la cosa, me escribió un periodista que también hacía música. Me dijo que quería hacer un videoclip... “¿vos hacés eso?” fueron sus palabras. Me quedé mirando el mensaje y sentí una mezcla de vértigo y claridad. No lo había buscado activamente, pero tampoco era casual.

Era como si la vida hubiera estado tomando nota de cada hora que pasé editando en mi habitación cuando tenía diez años.

Mi cabeza adulta quiso cuestionarlo todo: si estaba preparada, si sabía lo suficiente, si iba a estar a la altura. Pero en el fondo sabía algo más fuerte: yo había hecho videoclips toda mi vida. Tal vez no con equipos profesionales, tal vez no con presupuestos grandes, pero sabía contar historias con imágenes. **Sabía sentir el ritmo. Sabía crear.**

Acepté (con miedo), y lo hice. No fue perfecto. Hoy lo miro y encuentro cosas que podría mejorar. Pero cada vez que lo veo siento orgullo. No por el resultado técnico, sino porque entendí que los sueños no siempre llegan como uno los imagina. A veces no los perseguís con desesperación, los cultivás en silencio, y cuando están listos, aparecen.

Con Dante pasó algo parecido. Siempre quise adoptar un perro. Siempre sentí esa conexión con los animales, pero no lo estaba buscando activamente cuando lo vi. Fue una decisión impulsada por algo más profundo que la lógica. Lo miré y supe que era él. Y también fue con miedo: a la responsabilidad, al compromiso, a no hacerlo perfecto. Pero fue la mejor decisión que tomé en mi vida.

Dante me enseñó a comunicarme sin palabras. A entender con la mirada. A sentir el cambio de energía en el cuerpo del otro. A ajustar mi presencia sin necesidad de discurso. **Me enseñó que la comunicación más poderosa no es la que más se escucha, sino la que más se siente.**

Quizás todo lo que llegó a mi vida no fue casual. Quizás sí lo busqué, pero lo busqué con el corazón, con mi energía, con esa insistencia silenciosa de ser fiel a mí misma. Quizás somos más que personas atravesando circunstancias. Quizás hay algo que se ordena cuando elegimos con coherencia.

No lo sé.

Lo que sí sé es que cada decisión importante que tomé fue con miedo: renunciar, empezar de cero, mostrarme, decir que sí cuando no tenía garantías, adoptar, escribir... Y todas cambiaron mi vida.

Cuando era chica creía que la gente no cambiaba. Algunas experiencias me habían hecho pensar eso. Hasta que cambié yo. Cuando cambié empezó a cambiar la forma en que veía todo. Empecé a creer en mí, empecé a creer en las personas, empecé a darme oportunidades en vez de quitármelas. Y la vida empezó a responder.

Me puso enfrente situaciones desafiantes y hermosas, personas que me empujaron, me enseñaron, me sostuvieron cuando dudé y celebraron cuando me animé.

Nada de lo que soy hoy sería posible sin la gente que me rodea, sin su apoyo, su confianza, su compañía. Porque nadie construye solo, y yo estoy profundamente agradecida por cada persona que formó - y forma- parte de este camino.

Cumplí el sueño de la niña que editaba videoclips en su habitación sin imaginar que algún día lo haría profesionalmente. Adopté al perro que siempre quise sin saber que me iba a enseñar tanto sobre presencia - paciencia - y amor. Cambié cuando creía que no se podía cambiar. Me animé aún cuando no estaba lista.

Y entendí algo que me cambió para siempre: **la vida no se trata de esperar el momento perfecto, sino de animarse cuando el corazón late fuerte aunque la mente todavía dude.** Nada de lo que hoy soy estuvo garantizado. Hubo intuición, hubo miedo, hubo decisiones tomadas con las manos temblorosas pero con el alma convencida.

Hoy no tengo un millón de seguidores ni una vida perfecta, pero me despierto cada día sabiendo que elegí desde el corazón. Construí una vida coherente con quien soy, donde puedo crear, comunicar, acompañar y escribir.

Decidí escribir este libro porque sentí la necesidad de ordenar todo lo que fui aprendiendo en el camino, de ponerle palabras a lo que viví y compartirlo con otros. **Es mi forma de darle sentido a las experiencias y de dejar registro de lo que me transformó.**

Ojalá pueda seguir haciéndolo siempre. Ojalá pueda seguir aprendiendo, porque mientras aprenda, voy a tener algo nuevo que escribir... **y una nueva versión de mí que descubrir.**

Si algo deseo para vos que llegaste hasta acá es esto: no subestimes esa parte tuya que sueña en silencio. No des por perdido eso que te hacía vibrar cuando eras chico. No esperes a tener garantía para empezar.

Porque la vida no se abre cuando estás listo. Se abre cuando te animás.

Y si hoy estás leyendo esto, quizás algo dentro tuyo también está pidiendo espacio. Escuchalo, creá, mostrate, elegí... aunque haya miedo.

Yo lo hice, y cada vez que lo hago, el mundo — mi mundo — **se vuelve un poco más grande, y más hermoso.**

La versión tuya que
soñaba todavía está ahí.

No la hagas esperar.